

fallido intento del arzobispo Montúfar de imponer el diezmo eclesiástico a los indios novohispanos.

Dos estudios se refieren a las relaciones de los pueblos con comerciantes españoles. Rebecca Horn estudia la amistosa y colaborativa relación de comerciantes españoles con los caciques y terratenientes de Coyoacán entre mediados del siglo XVI y mediados del siglo XVII. No sé cómo evolucionó la situación allí, pero en Cholula Norma Angélica Castillo Palma documentó en los siglos XVII y XVIII la desvergonzada explotación impuesta a los indios por comerciantes aliados con los corregidores en el repartimiento de mercancías.

Aunque el proceso era conocido en términos generales, vale la pena leer el riguroso y preciso análisis de René García Castro sobre la formación de pueblos de indios en la región otomiana de Toluca en la primera mitad del siglo XVI. La región fue sometida a la Triple Alianza a mediados del siglo XV, que impuso sus gobernantes y repartió sus

tierras entre Tenochtitlan, Tetzco, Tlacopan, Azcapotzalco, Tlatelolco, los señores mexicas Ahuítzotl y Axayácatl, además del propio señor de Toluca. Desde la conquista, Hernán Cortés estableció una alianza entre la antigua clase gobernante otomiana y los gobernantes impuestos por los mexicas. Con todo, aún no ha sido posible documentar el modo de definir o desenmarañar a las antiguas familias gobernantes otomianas, desplazadas décadas antes de la conquista española, en ocasiones emparentadas con la nobleza mexica y que fueron restituidas en el poder en cada uno de los 35 pueblos de la región. Éstos, sin embargo, mostraron gran estabilidad, puesto que los mismos 35 pueblos se mantuvieron hasta mediados del siglo XVIII. García Castro aportó un elemento importante para estudiar la sustitución o restitución de caciques considerando los nombres españoles adoptados por los señores de los pueblos indios, que en general seguían al nombre de su enco-

mendero, que así marcaba su propiedad de dicho pueblo: los don Hernán frecuentemente pertenecieron a Cortés, etcétera. García Castro igualmente anuncia un análisis de la organización territorial de los *altépetl* por medio del estudio de los topónimos.

No puedo hacer justicia aquí a las múltiples riquezas y aportes de los estudios reunidos por Francisco González-Hermosillo en su *Gobierno y economía en los pueblos indios del México colonial*. Me parece que una de las ideas más importantes que queda tras su lectura es la variedad de situaciones particulares, la importancia tanto de las diferencias objetivas como subjetivas, esto es, la actuación de los seres humanos, y de las diferentes formas que adopta la comunidad o sociedad humana frente a los cambiantes retos que va imponiendo un entorno cambiante. Cualquier generalización, y cualquier legislación, debe tomar en cuenta esta variedad y complejidad de situaciones.

Una mirada novedosa al exilio español en México

Martha Eva Rocha

Dolores Pla Brugat, *Els exiliats catalans. Un estudio de la inmigración republicana española en México*, México, CONACULTA-INAH/Orfeo Catalá de México/Libros del Umbral, 1999, 393 pp.

Tanto para los estudiosos como para los lectores interesados en la emigración republicana española en

México, las múltiples aportaciones contenidas en este libro lo sitúan entre los imprescindibles. En él se conjuga y responde a múltiples inquietudes, la historiográfica, la metodológica y la de contribuir al conocimiento del exilio español en México. Aunque la autora señala, con modestia, que su objetivo principal es ofrecer una historia del exilio catalán, la investigación rebasa con mucho esta meta, el lector accede a una historia del exilio y los exi-

liados españoles documentada a profundidad y novedosa.

No es fortuito, la larga trayectoria de Dolores Pla en la investigación de estos temas se remonta a poco más de dos décadas de acumulación y análisis de diversos materiales, que ya habían dado como frutos previos el libro *Los niños de Morelia. Un estudio sobre los primeros refugiados españoles en México* (1985) —investigación novedosa en su momento por ocuparse de un grupo vulnerable

y poco abordado por la historiografía mexicana, los niños—, además de ponencias, artículos y ensayos publicados en diversas revistas y libros colectivos.

A lo largo de seis capítulos y más de 350 páginas la autora desmitifica, tal como lo apunta en la introducción, “la imagen de estos refugiados como la de una emigración de intelectuales y artistas, de hombres de conocimiento”, que se fue construyendo y desde los años cincuenta pasó a formar parte del imaginario colectivo. Hablar de este exilio sólo refiriéndose a la presencia de académicos, intelectuales y artistas, es inexacto, si bien es innegable que la obra que éstos desarrollaron en el ámbito de las ciencias y las artes, y el mundo del conocimiento en general, fue de enorme trascendencia para México. Al terminar el libro al lector le queda claro que uno de los rasgos de la diáspora republicana en México fue su heterogeneidad; la autora busca dar respuesta a la hipótesis que plantea de que si los refugiados que llegaron a México formaban un grupo heterogéneo, “es presumible que más que una historia del exilio deben existir diversas historias, diferentes maneras de vivir el destierro.”

En un tiempo largo de más de medio siglo se repasan los pormenores del fenómeno llamado “exilio español” y de las vivencias de sus protagonistas. En el marco de las historias de Europa y México, se da cuenta de la huida al final de la guerra civil española de los republicanos derrotados, de su estancia en campos de concentración en Francia, la posterior travesía del Atlántico y los pormenores del trayecto, de la llegada a Veracruz y el establecimiento en México de 20,000 exiliados, de las contradicciones que vivieron estos inmigrantes, efecto del choque cultural, de su proceso de integración y, finalmente, del retorno de algunos a su patria.

Para ello la autora recurre a fuentes de primera mano, por demás novedosas. Paralelamente a libros y artículos, recurre a materiales de archivo (archivo del Comité Técnico de Ayuda a los Republicanos Españoles, CTARE; materiales generados por el Servicio de Emigración de los Republicanos Españoles, SERE), y muy especialmente al análisis de cuarenta extensas entrevistas de refugiados catalanes y dos más a refugiados de otras regiones de España.

Conforme avanzamos en la lectura podemos advertir la rigurosidad a que la autora somete sus fuentes; el trabajo hermenéutico habla de oficio. Entreteje de manera ágil y acuciosa los datos duros con la información cualitativa. Diecinueve cuadros estadísticos muestran el número de refugiados llegados a México entre 1936 y 1950, establecen su perfil a partir de su composición ocupacional y su origen regional y provincial. Queda clara su diferencia con la emigración tradicional de españoles a México, no sólo porque la emigración republicana es de carácter político, sino porque está integrada básicamente por familias, porque procede de toda la Península, con predominio de las ciudades, especialmente de Madrid y Barcelona, y sobre todo porque “se desgaja en mucho de los sectores medios de la sociedad y cuenta con una importante formación académica y profesional, por último, [porque] eran de izquierda”, puntualiza Dolores Pla.

Los datos estadísticos están amalgamados con la información cualitativa proveniente de los testimonios y permite construir una historia diferente, innovadora en la medida en que muestra las diversas formas en que el exilio es vivido por sus protagonistas, “diversas historias”—señala Pla. Como en una puesta en escena, desfilan tanto los personajes distinguidos, aquellos que legaron una obra destacada, como los

anónimos, los “del común”, mismos que la autora privilegia ya que de otra forma se perderían en el anonimato de las estadísticas globales del grupo.

Sorprendentemente, catorce testimonios nos descubren un mundo femenino que trasciende el estereotipo de “mujer de hogar”. Son mujeres pertenecientes a distintos estratos sociales, hijas, esposas y también jóvenes militantes con diversas ideologías y posturas políticas, a las que la derrota en la guerra les arrebató su patria embarcándolas en una aventura no planeada que enfrentaron con coraje y valentía, convirtiéndose en algunos casos en el sostén económico de sus familias. Frecuentemente, con sus acciones subvierten el imaginario del “deber ser” de la mujer.

De tiempo atrás, la autora había mostrado preocupación en torno al uso de la fuente oral. Después de haber formado parte durante algunos años del proyecto de Historia Oral Refugiados Españoles en México, que tenía como finalidad la creación de fuentes para contribuir a enriquecer los acervos documentales, hizo manifiesta su crítica a los investigadores que no traspasaban el umbral de la creación de la fuente, la recuperación y edición de historias de vida, planteando la necesidad del uso de la fuente en su acepción heurística, sometiéndola al análisis y a la explicación histórica, al igual y en paralelo con otras fuentes documentales, como un compromiso del historiador.

Gracias al empleo y las formas en que la autora articula y ubica las fuentes orales con el contexto histórico, el lector accede con verosimilitud al mundo personal y cotidiano, las atmósferas y los entornos en que se desarrollaron los refugiados en distintos escenarios. A la verosimilitud contribuyó también el que el libro esté escrito con pasión, éste, in-

grediente indispensable para que la escritura resulte convincente a los lectores.

Dolores Pla muestra cómo, en la medida en que un exilio puede serlo, esta inmigración a México fue privilegiada porque contó con apoyos y recursos económicos de la República en el exilio a través de dos organismos de ayuda: el SERE y la JARE (Junta de Auxilio a los Republicanos Españoles), que fueron no sólo los encargados del traslado de la mayoría de los refugiados a México sino también de darles todo tipo de apoyo para establecerse en el país. Fue privilegiada también porque se insertó al país en unos años en los cuales México requería de su formación y capacidades, los tiempos del “milagro mexicano”.

Para efectos de análisis la autora divide el exilio en: la élite, integrada por profesionistas, maestros y catedráticos e intelectuales y artistas —aunque, dicho sea de paso, no explica el porqué de la separación entre maestros, catedráticos e intelectuales, que seguramente responde a los niveles de enseñanza y tareas desempeñadas en el ámbito de la cultura—, y los “del común”, y a través de sus trayectorias de vida muestra diversas formas de vivir el exilio.

Una cuestión en la que sin duda coincidieron unos y otros, fue en la convicción de que con el triunfo de las democracias en la Segunda Guerra Mundial caería el franquismo. El objetivo común de la reinstauración de la democracia en España se tradujo en la perseverancia en el trabajo político. Sin embargo, la desilusión que se dio al no cumplirse estas expectativas llevó a que la militancia fuera abandonada por la mayoría de los refugiados. Paralelamente, lo que creían iba a ser una estancia temporal se convirtió en un largo exilio que los obligó a establecerse más formalmente y a echar raíces.

Unos, como sabemos, en los espacios de la cultura. Un ámbito privilegiado fue el de la educación. Tanto en colegios que en primera instancia cubrían las necesidades de las propias familias refugiadas, como el Instituto Luis Vives, la Academia Hispano-Mexicana y el Colegio Madrid, en la ciudad de México, como en los colegios Cervantes, diseminados en el interior de la República mexicana y al servicio sobre todo de la sociedad receptora. Otros espacios fueron las instituciones mexicanas de educación superior y otras creadas ex profeso para estos refugiados como La Casa de España en México, fundada en 1938, a instancias del entonces embajador de México en Portugal, Daniel Cosío Vilegas, para dar albergue a un grupo de intelectuales y que actualmente conocemos como El Colegio de México.

Los otros, los “del común”, se insertan en muy diversos ámbitos de la vida económica mexicana. Ellos, en no pocas ocasiones, se encontraron con sus paisanos, “antiguos residentes”. Y aunque a veces sus formas de inserción parecen acercarlos a estos últimos, la autora muestra que así como hubo coincidencias hubo importantes divergencias. Esto último pasa en buena medida por la construcción de identidades, cuestión que interesa particularmente a Dolores Pla, quien desde las primeras páginas expone que es: “catalana por nacimiento y mexicana por la vida misma”. En el refugiado existe una persistente necesidad de diferenciarse del gachupín, en la que se percibe un tono de discriminación que bien puede tener circulación de ida y vuelta; en última instancia quizá ambos grupos no quieren que se les confunda. Los refugiados dicen: “Nosotros no somos los individuos que vinimos aquí a extorsionar al campesino y a explotarlo.” “La emigración nuestra fue una emigración selecta. La pre-

sencia de los exiliados fue positiva, negativamente, prácticamente no hubo nada.” Pero si por un lado se expresa el desprecio a lo “gachupín” tampoco faltan testimonios que reconocen a los antiguos residentes como “hombres de trabajo, positivos, de hogar, decentes”, que les merecen respeto. Y detrás de ello se muestra que además de las afinidades político-ideológicas, hay otras como las de clase y paisanaje, y si bien la primera separaba a los españoles de México en refugiados y “gachupines”, en muchas ocasiones las segundas los unían. Así, puntualiza la autora, las identidades no necesariamente son excluyentes.

Por otra parte, al analizar los diversos elementos por los que atraviesa la relación de los refugiados con la sociedad de acogida, la autora se acerca a un tema tan polémico y aún sin respuestas claras como lo es el racismo, que no sólo tiene ver con el color de la piel sino también con la discriminación clasista y aun cultural entre los propios mexicanos. Señala la paradoja que existe en el hecho de que para muchos mexicanos el orgullo por un glorioso pasado indígena convive con la necesidad de evitar que se les identifique en términos personales con los indios de carne y hueso, en la medida en que estos últimos se asocian con el atraso, la pobreza, el aislamiento. Esta situación resultó ventajosa para los exiliados tanto en el mercado laboral como en el aspecto social, por ejemplo, las alianzas matrimoniales, al verse favorecidos por ser precisamente españoles, “blancos”.

Finalmente, la autora expone que para la gran mayoría de estos españoles el exilio fue un proceso que no tuvo final. El “mañana regreso a España porque va a caer Franco” para muchos nunca llegó. Cuando el dictador murió en 1975, muchos de los exiliados descansaban ya en tierra mexicana. Para los que sobrevivían

la tardía reinstauración de la democracia en España no necesariamente significó el retorno. Habían echa-

do demasiadas raíces en México. De forma dramática lo habría de comprobar la minoría que finalmente

regresó, al volver a vivir, ahora en su propia tierra, la experiencia de un nuevo destierro.

La fiesta brava en el bosque de Chapultepec

Margarita Loera Chávez

José Francisco Coello y Rosa María Alfonseca, *El Bosque de Chapultepec, un taurino de abolengo*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia (Colección Obra Divulsa), 2001.

El bosque de Chapultepec es hoy un centro turístico y recreativo, uno de los pocos refugios ecológicos que se conservan en el espesor de la capa asfáltica de la ciudad de México y, además, un espacio cultural que por su importancia y tamaño ocupa un lugar relevante de rango internacional.

En una extensión de 64.75 hectáreas divididas en tres secciones, el bosque ofrece un universo de servicios. En él se encuentran muchos de los museos más significativos del país: el Nacional de Historia, el de Arte Moderno, el de Arte Contemporáneo Internacional, el Rufino Tamayo, el de Historia Natural, el de la Comisión Federal de Electricidad, el del Papalote, el Nacional de Antropología y la Galería de Historia, popularmente conocida, debido a su arquitectura, como "El Caracol". También allí se ubica el más completo parque zoológico del país, el Auditorio Nacional y una serie de teatros, fuentes, vestigios arqueológicos, monumentos históricos, centros de fomento cultural para diferentes edades, áreas de deporte, audioramas,

campos de juegos, calzadas, ferias, servicios culinarios para todo público, Los Pinos, residencia presidencial, en fin. Un mundo fantástico, visitado por millones de seres humanos, cuya fisonomía reciente es resultado del pasado del sitio.

De todo lo anterior, acaso lo más simbólico y atractivo sea la simbiosis plasmada en el imaginario colectivo, entre el bosque y el castillo. Este último está situado en la primera y más antigua sección de la zona, sobre el llamado cerro del Chapulín o, en voz náhuatl, Chapultepec, y hoy es recinto del Museo Nacional de Historia.

Desde un punto de vista más profundo, bosque y castillo constituyen en el rostro tan plural del mexicano un foco de identidad al que se llega por varios caminos: la leyenda, el mito, el arte, la ciencia histórica, la espiritualidad o religiosidad, la sensación de contacto con la naturaleza, la nostalgia del recuerdo de algún romance en el lugar, la simple sonrisa del esparcimiento, pero sobre todo, la identidad con la patria, por los tantos acontecimientos históricos que sucedieron allí y por los tantos eventos conmemorativos de los mismos, que año con año visten a Chapultepec con un impactante calendario de efemérides.

Entre 1785 y 1787, bajo la rectoría del virrey Bernardo de Gálvez, se llevó a cabo la primera construcción de lo que hoy es el edificio cono-

cido como el Castillo de Chapultepec. Desde entonces, dada la cantidad de funciones que ha cumplido como sede del Colegio Militar, residencia de dirigentes nacionales, Observatorio y Museo Nacional de Historia por decreto del general Lázaro Cárdenas en 1939, el lugar ha sido sometido a una gran cantidad de remodelaciones arquitectónicas y acciones titánicas para su mantenimiento. La última de ellas, realizada dentro de un macro proyecto integral, inició en el año de 1996 bajo la rectoría del Instituto Nacional de Antropología e Historia, en cuya custodia se encuentra el monumento histórico y el Museo Nacional de Historia que en él existe.

Una parte fundamental para la realización de los últimos trabajos citados fue un exhaustivo proyecto de investigación documental, gráfico y arqueológico que dio sustento a las labores de intervención sobre la arquitectura, la restauración de bienes muebles e inmuebles por destino y la museografía. Como resultado de esa búsqueda, se obtuvieron alrededor de tres mil gráficos y documentos, innumerables hallazgos arqueológicos y estudios minuciosos de biólogos y arquitectos sobre los jardines y el bosque. Esta información permitió pensar en su utilidad, no sólo para los fines del proyecto de restauración para el que se recopiló, sino también para mejorar los servicios educativos del museo, entre otras cuestiones, a través de la divulgación de